

El flautista de Hamelín

Hace mucho tiempo, en la ciudad de Hamelín, sucedió algo muy extraño: una mañana sus habitantes encontraron las calles invadidas por miles de ratones merodeando por todos lados, devorando insaciables la comida de sus despensas.

Ante la gravedad de la situación, las personalidades de la ciudad, que veían peligrar sus riquezas, convocaron al Consejo y dijeron:

—Daremos cien monedas de oro a quien nos libre de los ratones.

Al poco se presentó ante ellos un flautista alto y desgarbado, a quien nadie había visto antes, y les dijo:

—La recompensa será mía. Esta noche no quedará ni un sólo ratón en Hamelín—. Dicho esto, comenzó a tocar en su flauta una maravillosa melodía que encantaba a los ratones, quienes al salir de sus escondrijos seguían embelesados los pasos del flautista. Así, caminando y tocando, los llevó a un lugar por el cual pasaba un caudaloso río donde, al intentar cruzarlo para seguir al flautista, todos los ratones perecieron ahogados.

A la mañana siguiente, el flautista reclamó a las autoridades las cien monedas de oro prometidas. Pero el alcalde y sus consejeros, ya liberados del problema y cegados por su avaricia, le contestaron:

— ¡Vete de la ciudad! ¿O acaso crees que te pagaremos tanto oro por tan solo tocar la flauta?—.

Furioso por la avaricia y la ingratitud de los hamelineses, el flautista, al igual que hiciera el día anterior, tocó una dulce melodía una y otra vez. Pero esta vez no eran los ratones quienes le seguían. Eran los niños y niñas de la ciudad quienes, sordos a los ruegos de sus padres que en vano intentaban impedir que siguieran al flautista, se fueron lejos, tan lejos que nadie supo dónde...